



aceta



édica de



éxico

PERIODICO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

TOMO I.

MEXICO, 1º DE SEPTIEMBRE DE 1901

2ª SERIE.—NUM. 17

FISIOLOGIA

Las localizaciones cerebrales y la Psicología.

Afronto, no sin vacilar y después de hondas cavilaciones, el complicado tema indicado en el encabezado de este trabajo. Por un lado, acuden á mi espíritu, abrumándole con su pesadumbre, las continuas é incesantes meditaciones que los filósofos, durante más de veinte centurias, han consagrado á la parte de nuestro sér que en nosotros siente, piensa y quiere; absórbeme, por otro, la silenciosa, pertinaz, continua y ya colosal labor de la ciencia, que atacando valientemente el árduo problema, ha ido, paulatinamente, y con la perseverancia que engendra todo lo grande, acopiando hechos.

A influjo de la primera evocación, pienso, contemplándola con éxtasis, en la deslumbradora pléyade de pensadores que, durante el desenvolvimiento de la evolución mental, iniciada en Grecia, se ocuparon de especular sobre la naturaleza moral del hombre. Descuella, en primer término, como patriarca de la venerable tribu, el eminente Aristóteles, á su lado, y casi á la misma altura, irradia sus fulgores Platón, apellidado el Divino; luego, como apretada falange, presentáanse los neo-platónicos, que llenaron las aulas de la escuela de Alejandría; viene más tarde la egregia legión de los escolásticos, presidida y regentada por el incomparable doctor angélico, honrado justamente en vida como sabio entre los sabios, y después de su muerte venerado en los altares como santo. Siguiendo la incesante corriente del tiempo, pasan á continuación los titánicos pensadores que abrieron nuevo rumbo á la inteligencia y socavaron, minaron y arruinaron la vasta construcción escolástica: Cartesius el galo, Leibnitz el germano, Kant el hijo de Königsberg, y sus continuadores Fichte, Schelling y Hegel, cierran el majestuoso desfile.

Contemplo, por otro lado, la modesta cohorte de sabios investigadores que, confinados en el estrecho recinto del laboratorio, interrogaban á la Naturaleza por medio de osados y sagaces experimentos, é interpretando el lenguaje, á veces hierático de las vivisecciones, llenaron el siglo pasado con sus constantes esfuerzos, y pudieron, en los últimos años de él, levantar, frente al multiseccular edificio de la filosofía pura, una construcción de menos brillo, pero de más solidez, pues está, sin duda alguna, destinada á perdurar.

En nuestro concepto es tiempo ya de poner en armonía esas dos series de labores. *Nada se cria, nada se pierde*, afirmó Lavoisier al estudiar las combinaciones de la materia; otro tanto puede decir el historiador de la inteligencia, la labor del genio es perdurable, y á labrar el edificio de la verdad han contribuido á la par: el asombroso genio de Sto. Tomás de Aquino y las pacientes investigaciones de Magendie.

Entre las funciones del hombre, descuellan, como soberanas, las que constituyen su sér moral: querer, pensar y sentir; entre los órganos corporales sobresalen, gozando de manifiesta supremacía, los que forman aquella masa complicada que llena el cráneo y lleva el nombre de encéfalo. Por otra parte, el hombre es uno, es un individuo, y para conocer y abarcar su complexa realidad, hay que estudiar, á la par, el aspecto material y el funcional de ese interesante sér, de cuyo grupo formamos parte. La digestión no puede comprenderse ni conocerse, si antes no se estudia el aparato digestivo; la circulación carece de sentido, si no conocemos antes el aparato circulatorio; la respiración supone el conocimiento previo de los órganos correspondientes.

Esta verdad tan obvia fué reconocida, como no podía menos que suceder, desde la cuna de las ciencias, y, sin embargo, se desconoció completamente cuando se trató de emprender el estudio de las fun-

ciones más elevadas de nuestro sér. ¿Por qué semejante olvido?

Primero: por la extremada complicación de los fenómenos intelectuales; morales y afectivos del hombre. Según la acertada y feliz expresión de Platón, ellos forman un microcosmos, es decir, un mundo en miniatura, compuesto de imágenes de todos los objetos exteriores que han herido nuestros sentidos, animado, y no pocas veces agitado por los afectos y deseos, como las fuerzas exteriores agitan á menudo el macrocosmos.

Segundo: la vida intelectual, moral y afectiva del hombre, es consciente, mientras que su vida corporal es completamente inconsciente. Nuestro espíritu toma el colorido de las ideas que pasan por él y sentimos el paso de cada una; cada una de nuestras emociones agita y conmueve nuestro sér íntimo, pareciéndonos que existe dentro de nosotros mismos un sér alado, de otra naturaleza que el cuerpo que le sustenta. Esta conciencia plena de los fenómenos sensibles, intelectuales y volitivos de nuestro sér moral, forma el más completo contraste con la absoluta inconsciencia de nuestro mecanismo corporal.

Nada sabemos de nuestros órganos internos, ni aun su simple existencia: el corazón late, los pulmones respiran, el tubo gastro-intestinal digiere, sin que esos actos, tan importantes para el sér corpóreo, modifiquen, en lo más mínimo el sentido íntimo, revelando al sér moral el complejo mecanismo corporal.

Tercero: las relaciones entre el sér moral y el sér físico del hombre, ó sea entre el alma y el cuerpo, tales como se presentan á un examen superficial, estaban hechas justamente para desviar, y no para encaminar al hombre hacia la verdadera solución del problema.

Tratándose de la digestión, el sér más rudo advierte que se relaciona con órganos situados en el vientre: en la parte superior de la cavidad localízase la sensación del hambre, que nos advierte la necesidad de ingerir alimentos; una sensación satisfactoria y difusa de plenitud nos indica que la necesidad se ha satisfecho, las perturbaciones digestivas despiertan en el vientre sensaciones incómodas y dolorosas. Asimismo la respiración: Todas las causas que la perturban se acompañan de una sensación de opresión en la región del pecho, las enfermedades del aparato tradúcense á menudo por dolores en la misma parte.

Nada de esto sucede en el ejercicio de la vida

mental. Somos absolutamente inconscientes de la existencia y manifestaciones de nuestro encéfalo, y las altas modificaciones de la vida espiritual provocan, por mecanismos conocidos hoy, reacciones á veces muy intensas en otras vísceras. Esto pasa principalmente con las emociones: la cólera afecta vivamente los órganos abdominales, principalmente el hígado, provocando la secreción biliar; el miedo produce sobre el corazón una acción inhibitoria, pronta; mientras que el gozo estimula la acción cardíaca; de aquí la opinión popular muy arraigada que ha considerado y aun considera el corazón como el órgano de los sentimientos nobles, del valor, de la entereza moral, del amor.

Los antiguos, no obstante su bien conocida sagacidad, se equivocaron completamente cuando se trató de determinar las verdaderas relaciones entre el espíritu y el cuerpo. Su error fué doble y enteramente en armonía con el aspecto engañoso de los fenómenos: por una parte desconocieron en absoluto la importancia del encéfalo: guiados por groseras apariencias, no vieron en él más que una enorme masa de mucosidades concretas. Las doctrinas hipocráticas y galénicas, propagándose durante la Edad Media y reinando sin rival hasta el siglo XVII, perpetuaron tan grosero error, cuya huella se descubre en las lenguas modernas. En francés, por ejemplo, el coriza ó catarro nasal se llama *rhume du cerveau*, ó romadizo del cerebro.

Algunos hechos anatómicos, groseramente interpretados, parecían confirmar una equivocación tan crasa: los agujeros de la lámina cribada del etmoide, haciendo comunicar en el esqueleto la cavidad del cráneo con la de las fosas nasales, indicaban, al parecer, que las mucosidades de la nariz venían del cráneo; la existencia de los senos frontales y la propagación á la mucosa que los reviste de la inflamación de la pituitaria, producen, en algunos casos de coriza aguda ó crónica, una cefalalgia frontal gravativa, que parecía apoyar la citada y errónea suposición.

En cambio, el influjo que ciertas emociones ejercen sobre las vísceras, particularmente sobre el hígado, los pulmones y el corazón, daban aparente fundamento al error en que los antiguos cayeron, á saber: que el sér moral tenía su asiento en diferentes vísceras. Algunos nombres de órganos del cuerpo son vestigios permanentes de tal error, por ejemplo, el centro frénico del diafragma fué llamado así porque se creyó que en él residía el frenesí, ó sea la emoción llevada hasta el arrebató ó el delirio,

Recíprocamente, algunas emociones y estados afectivos tomaron su denominación de los humores del cuerpo, á cuyo influjo ó predominio se atribuía la producción del respectivo estado del espíritu, la palabra "cólera" se deriva de *cholé*, nombre griego de la bilis, por admitirse, como todavía admite el vulgo, que emoción semejante se debe á la formación excesiva de esta secreción hepática: la voz, "melancolía" significa, en griego, *bilis negra*, y con el de la atrabilis era el nombre de un supuesto humor que se encuentra en el interior de las cápsulas suprarenales algún tiempo después de la muerte: es un líquido de color negruzco, que no existe durante la vida, pues resulta de la disolución cadavérica del tejido muy blando que forma la sustancia medular de estas glándulas vasculares sanguíneas. El mismo origen reconoce el calificativo de humor atrabilario, dado á las personas de carácter difícil, sujetas á arrebatos cólericos y á enojos inmotivados.

Era, pues, inevitable, que por las condiciones engañosas y complicadas del fenómeno la sagacidad de los antiguos, se desviara y penetraran en un camino falso, que sólo á perpetuar errores condujera. Creyóse, con evidencia al parecer, que los fenómenos intelectuales y morales del hombre se debían á un sér radicalmente diferente del sér corpóreo ó ingertado, por decirlo así, en este último, entroncando con diferentes vísceras, menos con la muy importante, que investigaciones muy posteriores habían de revelar como su verdadero concomitante orgánico.

El error se perpetuó durante toda la Edad Media y los grandes filósofos escolásticos trataron de penetrar la esencia de ese sér incorpóreo, sólo temporal y accidentalmente unido al cuerpo, y que fué designado con el nombre de «alma,» voz derivada del latín «ánima.» En griego era designado por las tres voces *pneuma*, *psiqué* y *nous*; predominó la segunda en la designación de la ciencia destinada á estudiarlo, la cual se llama Psicología.

En la constitución de las ciencias, durante la Edad Media, la Psicología formaba parte de la Metafísica, es decir, de la ciencia que estudia la sustancia, que está por encima de los atributos físicos; era una sección de la pneumatología, que estudia las sustancias espirituales, teniendo por objeto estudiar el alma humana, mientras que la teodicea era el conocimiento racional del espíritu divino, y la teología era el conocimiento de ese mismo supremo Sér, fundado en la revelación.

Conforme á este modo de ver las cosas, los fe-

nómenos pertenecientes á la vida espiritual de hombres se consideraron como facultades de un sér inmortal y libre.

Recordamos poco ha la famosa frase del gran La-voisier: *nada se cria, nada se pierde*, haciendo aplicación de ella al notable hecho que, á pesar del vicio fundamental con que se planteaba el estudio de la parte más noble de nuestro sér, no se perdieron para la ciencia positiva las meditaciones á que sobre ello se entregaron, durante varios siglos, varones tan selectos; quedó como fruto de ellas, un análisis de nuestra vida mental, defectuoso en verdad y sujeto á revisión y enmiendas, pero preliminar indispensable de la Psicología positiva.

Llegaron, por fin, los siglos XVI y XVII. Durante ellos los grandes anatómicos del Renacimiento estudiaron la anatomía humana, dando á conocer, en todos sus detalles, la importante viscera encefálica: uno de los filósofos más esclarecidos, Descartes, después de entregarse á laboriosas disecciones, comprendió, con la rapidez del genio que le era peculiar, en dónde debería encontrarse el verdadero concomitante orgánico del alma, á saber: en el myelencéfalo y nervios, y aunque erró lamentablemente al dar á la glándula pineal una importancia que no tiene, y admitiendo la circulación de los espíritus vitales, su doctrina, aunque impregnada de un mecanismo grosero, contiene capitales aciertos, y por hallarse en ella la concepción bien clara del acto reflejo, el gran filósofo turonense merece ser contado entre los precursores de la fisiología del sistema nervioso. Al mismo tiempo un distinguido filósofo inglés, Juan Locke, reformando la Psicología escolástica, preparaba el advenimiento de las nuevas doctrinas.

El siglo XVIII no hizo progresos notables: oscilóse durante él entre un materialismo grosero y un vitalismo estéril, las célebres y conocidas doctrinas de Stahl y de Barthez, son la más acabada muestra de lo último.

Al comenzar el siglo XIX surgió un hombre de verdadero genio, destinado á sembrar en el campo de la ciencia una idea capital y fecunda, hablo de Gall. El, por la primera vez, y de un modo claro y sin ambajes, proclamó que las facultades del espíritu resultaban de la actividad de partes bien definidas del cerebro, las cuales eran sus órganos, enumeró aquellas facultades, señaló aquellos órganos, y no contento con esto, y ansioso de erigir un edificio completo, después de haber creado la frenología, pretendió crear la cranioscopía, ó el arte de conocer á los hombres por la palpación del cráneo.

Dos partes bien diferentes contiene la elaboración de Gall; una abstracta, de verdad incontestable y que comunicó impulso notable á la ciencia; otra concreta, perecedera é insostenible, en la cual no tuvo más que dos secuaces de renombre, su discípulo Spurzheim y el ilustre Broussais.

Esta última parte consistía en la viciosa enumeración que hizo Gall de las facultades del espíritu, es demasiado concreta, y se fundaba en las acciones que el hombre ejecuta ó desea ejecutar, y no en las actividades elementales del ser moral; en la designación completamente arbitraria de los órganos cerebrales anexos á esas facultades, sólo fundada en meras coincidencias, susceptibles de ser exageradas, así en su frecuencia, como en su importancia. La tentativa era altamente prematura, y como después lo veremos, no correspondía á los términos en que tan importante problema debe ser planteado; en el intento más vano aun de pretender diagnosticar por la palpación exterior del cráneo, las propensiones y capacidades de un individuo.

Nada fué más fácil que disipar estas vanas quimeras, pero debajo de ellas quedaba una verdad inconcusa, que no es más que el principio de las localizaciones cerebrales, tan sólidamente cimentado en nuestros días, y en vía de evolución plena y positiva.

Por desgracia en los días de Gall, la fisiología de los centros nerviosos encefálicos estaba completamente en su infancia; no se conocía del encéfalo más que su anatomía, enorme colección de detalles descriptivos, designados con estrambóticos nombres, que mareaba materialmente el espíritu y abrumaba la memoria, sin que en aquel confuso hacinamiento de detalles y nombres, se vislumbrara el más mínimo horizonte. Verdadera selva oscura de hechos sin interpretación, ni se sabía el rumbo, ni llegaban hasta allí los destellos del sol de la ciencia. Citemos entre la arbitraria y confusa terminología encefálica, llena de imágenes libidinosas, los nombres de ano y de vulva, dados á la abertura superior del acueducto de Silvius, y á la pequeña hendidura longitudinal, situada enfrente de él, en el borde anterior del ventrículo medio; los calificativos de testes y nalgas, que significan testículos y nalgas, con que fueron designados los tubérculos cuadrígeminos; nombres tan peregrinos é inconexos como los citados, demuestran la absoluta falta de ideas en lo tocante á la significación y funciones de los órganos así nombrados.

Casi en los mismos días de Gall, figuró entre los

fisiólogos franceses, un sabio distinguido; que con notables experimentos, pareció demostrar lo vano de toda tentativa de localización cerebral, hablo de Flourens, que privando pichones de sus hemisferios cerebrales, no había conseguido más que colocar á estos animales en una especie de sueño en que carecían de toda iniciativa y de todo instinto, conservándose intactos y ejecutándose en ellos de un modo, por decirlo así automático, los actos aun conscientes de la vida vegetativa.

La anatomía era, pues, estéril; la vivisección muda; el cerebro parecía obstinado en guardar su secreto; el órgano parecía en toda su superficie inexcitable, y constituido por una sustancia pulposa, en que no se distinguían más que las variantes gris y blanca; sustancia la misma al parecer por todas partes, y dotada también por todas partes de las mismas funciones, pero desconocidas y misteriosas. Las circunvoluciones que erizan y accidentan la superficie del cerebro, eran, al parecer, completamente irregulares, sin obedecer á plan fijo, y se creía completamente inútil enumerarlas, describirlas y denominarlas.

Y, sin embargo, la luz iba á surgir muy pronto, vendría de donde no se la esperaba en verdad, de la clínica y de la anatomía patológica, de la embriología, de la histología, del conocimiento de la degeneración walleriana, y del sentido en que avanza la mielinización de la fibra nerviosa, y del conocimiento de mejores medios para excitar la sustancia encefálica; el lento, incesante y convergente adelanto de estos diferentes estudios, han transformado la fisiología cerebral, y nos permiten plantear con firmeza y resolver con acierto, á lo menos en gran parte, el importante problema de las localizaciones cerebrales.

Desde la primera mitad del siglo XIX, dos grandes clínicos, Bouilland y Dax, habían observado: el uno que en las lesiones circunscritas ó en foco del hemisferio cerebral izquierdo, se altera ó se pierde el habla, ó sea la facultad de expresar los estados del espíritu por medio del lenguaje articulado, y el otro, que la misma perturbación funcional se presenta en lesiones del lóbulo frontal.

Algunos años después, el profesor Broca localizó con toda precisión el centro del lenguaje articulado en el pie de la tercera circunvolución frontal del lado izquierdo. Hoy esta localización está fuera de toda duda, descansa en una multitud de hechos de anatomía patológica, en estudios de anatomía comparada, y en el examen del cerebro de oradores nota-

bles, en el de Gambetta, por ejemplo, se vió que esta circunvolución era una verdadera maravilla por el número de sus surcos y de sus pliegues.

Esta localización es, pues, un hecho definitivamente adquirido é incuestionable; pero como por mucho tiempo permaneció como hecho aislado, los fisiólogos y patólogos negaban unánimemente las localizaciones cerebrales, y todavía el año de 1866, declaraba Vulpian, que toda tentativa de este género era vana, pareciendo sellar así con el peso de su incontestable autoridad, el arca que guardaba las soluciones de tan arduos é interesantes problemas.

Pero desde el año de 1870, como si los hechos hubieran querido desmentir tan desalentador fallo, se han apresurado á acudir solicitados por hábiles investigadores, y hoy puede decirse sin jactancia, que el misterio del cerebro se ha aclarado, que no es ya aquella masa enorme y homogénea de hace un siglo, sino que su topografía, su histología, su embriología y, digámoslo claro, su fisiología, se conocen tan bien como la de cualquier otro aparato orgánico.

Los centros motores y la región excitable del cerebro, ocupan en la región rolándica una zona bien circunscrita, con localizaciones tan admirablemente hechas, que la mano audaz del operador puede ya intervenir con buen éxito para remediar lesiones cerebrales; la misma zona es el sitio de la sensibilidad táctil, lo cual hace de ella una zona sensitivo-motriz, y es, además, la única parte excitable de la superficie encefálica. En el lóbulo occipital, en las caras inferior é interna, principalmente á los lados de la cisura calcarina, está localizada la sensibilidad visual; á este centro visual, se refiere el de las imágenes gráficas: está situado en el pliegue curvo, y tiene la función de dar significación propia á las imágenes visuales que producen las letras del alfabeto. La destrucción de este centro engendra el síntoma llamado ceguera verbal, que consiste en ver las letras como la persona más sana, en poder copiarlas, pero sin darles ningún sentido. El que padece ceguera verbal está en el caso del que no sabe leer; tampoco puede escribir, ni por sí solo, ni al dictado, porque las letras han perdido para él la significación que tienen sus imágenes visuales: á saber, sus imágenes auditivas y las ideas que les están asociadas; pero el ciego verbal, incapaz de escribir sus pensamientos, ó los ajenos que le son dictados, puede escribir copiando de otro manuscrito; de aquí la forma de agrafía ó imposibilidad de escribir, que los clínicos llaman agrafía sensorial.

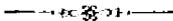
El centro olfativo ocupa la parte anterior de la circunvolución del hipocampo, y el gustativo situado inmediatamente detrás de aquél, está localizado en la parte media de la misma circunvolución. El centro auditivo ocupa la parte media de la primera circunvolución temporal; cerca de él y en la misma circunvolución, existe el centro de la memoria auditiva, cuyas lesiones producen lo que se llama en clínica sordera verbal: el enfermo oye las palabras, pero no las percibe sino como simples sonidos, que carecen para él de significación, y su lengua materna ha llegado á ser para él como una lengua extranjera, que no hubiera aprendido. Pero este mismo enfermo, incapaz de entender la lengua hablada, entiende la lengua escrita, realizándose en él la paradoja siguiente: que pudiendo imponerse muy bien de una carta que lea él mismo, no entiende palabra si otra persona se la lee. De la misma manera es capaz, como cualquiera otro, de escribir él mismo una carta, pero le sería imposible dictar esa misma carta. La conciencia de la personalidad está localizada, según Flechsig, en la parte anterior del lóbulo frontal, ocupando en la cara externa del hemisferio la mitad anterior de la primera circunvolución frontal, y los dos tercios anteriores de la segunda y tercera; en la cara interna del lóbulo frontal ocupa este centro la mitad anterior de la circunvolución frontal interna, y en la cara inferior la mayor parte de las circunvoluciones orbitarias.

Resultados tan notables, y que sin duda alguna han resuelto el problema de la fisiología cerebral, débense á los merítisimos trabajos de Broca, Charcot, Déjerine, Flechsig, Ferrier, Fritsch, Hitzig, Munk, Pitres y otros investigadores infatigables, á quienes debe conferirse la grande honra de haber resuelto el problema científico más importante que el hombre se haya planteado.

Hay en la fisiología cerebral un punto capitalísimo que importa comprender bien si queremos explicarnos las funciones psíquicas: es el que consiste en distinguir en la sustancia blanca del cerebro fibras de proyección y fibras de asociación. Las primeras están destinadas á poner en comunicación los focos ó centros grises del manto cerebral, ó sustancia gris periférica, con los núcleos grises del interior de los hemisferios cerebrales, con los de los pedúnculos cerebrales, con los de la protuberancia, bulbo y médula, y, por intermedio de éstos, con elemento contractil de los músculos, ó con el corpúsculo sensitivo de las superficies sensibles. Las fibras de proyección, conducen, pues, á los grupos de músculos

las incitaciones motrices, las órdenes de la voluntad, cuando son fibras celulífugas, y las impresiones sensitivas cuando son celulípetas.

Las fibras de asociación no tienen ese destino; no bajan á la médula, ni al bulbo, ni á la protuberancia, ni aun á los ganglios intracerebrales, sino que, como su nombre lo indica, están destinadas á enlazar, á asociar los diferentes centros de la corteza. A su vez los centros cerebrales del manto se distinguen en centros de proyección y en centros de asociación, según que reciban y den nacimiento á fibras de una ú otra categoría. Esta distinción capital, admitida ya en la ciencia desde hace unos veinte años, ha sido precisada y rigurosamente definida muy recientemente por Flechsig, que después de innumerables investigaciones, admite que los centros de proyección sólo dan nacimiento á fibras de esa categoría, y á su vez los de asociación sólo reciben y emiten fibras del mismo género, que el manto cerebral se distribuye entre ambos centros de la manera siguiente: la tercera parte de él está compuesta de centros de proyección, y los dos tercios restantes están formados por centros de asociación. Que los centros de proyección ocupan la región rolándica y las extremidades anterior y posterior, ó sea frontal y occipital de los hemisferios cerebrales, y los centros de asociación ocupan la parte restante del manto, comprendida entre los centros de proyección.



PATOLOGIA INTERNA

La apendicitis en México

La apendicitis que tanto preocupa en Europa y en los Estados Unidos á los médicos y á los cirujanos, pues los unos y los otros tienen mucho que hacer con ella, parece que en México no es causa de grande impresión en el ánimo de nuestros facultativos. En aquellos países, desde hace algunos años en pocas sesiones de las academias y sociedades médicas, se dejan de exponer á la consideración de sus miembros, asuntos que se refieren á la enfermedad del apéndice y de su tratamiento; de consiguiente, periódicos de ciencias médicas dan cuenta, los más días, á sus lectores, de lo que se ha dicho, lo que se ha discutido respecto de apendicitis en aquellas corporaciones científicas. Están acordados los médicos europeos y norteamericanos en que

la flemasia apendicular es una enfermedad frecuente de algunos años á la fecha, y ha habido quien culpe á la gripa de haber sido determinante de la propagación de esa inflamación, y no es que se suponga que el microbio de la gripa se enclaustré en el apéndice infectándole é inflamándole por tanto, sino que la infección griposa exalta la virulencia de los microbios normales del intestino, de los cuales algunos radican en su apéndice; otros, al contrario, piensan que siempre ha sido frecuente la tal apendicitis, pero que no se diagnosticaba, ó era confundida con la tiflitis y paratífilitis, y esta manera de interpretar la historia de las enfermedades de la región del ciego, tales como se conocían no hace muchos años, ha sido tan exagerada por algunos, que no se ha querido aceptar como cierto ninguno de los diagnósticos de esa época que se refieren á la tífilitis y sin negar que hay esta última afección, se quiere que aquellos diagnósticos á que he hecho referencia, se deberían mejor contarlos como si hubieran sido de apendicitis. Talamon acusa á los antiguos de no haber podido distinguir entre la tífilitis y la apendicitis, cuál de ellas era en cada caso particular, con estas palabras: «Mientras se ha llamado á la apendicitis, tífilitis; mientras se ha creído que las lesiones se situaban en el ciego, el tratamiento ha sido exclusivamente médico». La consecuencia, según él, fué que el cirujano se veía obligado á intervenir cuando las lesiones habían sido extensas, cuando el pus había laborado fatalmente. Pero en mi concepto, aun cuando se hubiera sabido entonces que entre la flogosis séptica del apéndice y la tífilitis había diferencia en síntomas y consecuencias, habría sido de todas maneras, tratada la primera, médicamente, puesto que antes los cirujanos no se creían autorizados para operar en circunstancias tales como las que se refieren á los flemones de la fosa ilíaca, más que cuando eran, si no evidentes, muy probables los signos de la supuración. En época en que no se mentaban la asepsia y la antisepsia abrí algunos de esos abscesos de la fosa ilíaca y por cierto, con éxito.

Uno de los que más insisten en creer que la apendicitis ha sido frecuente, aunque no tanto como en estos últimos tiempos, es el profesor Dieulafoy, que es quien en la actualidad, con más calor, ha tratado la cuestión de la intervención quirúrgica en todos los casos de esta inflamación; siendo médico, poca ó ninguna fe tiene en el tratamiento médico y piensa que en lo general, se cura la enfermedad operando á tiempo, y que ella termina funestamente al pronto